

EDITORIAL

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS Y NUESTRA VIDA

Lo que está pasando en la Argentina (leyes inicuas, corrupción por doquier, «pan y circo», etc.) nos pide una reflexión. No hay que echarle la culpa al demonio. Él hace lo suyo, pero los que hacemos la historia somos los hombres. Tampoco se trata de descargarse únicamente contra los enemigos de Dios. Desde luego que los enemigos están, y son poderosos. Pero no podrían tanto si los «amigos» de Dios fuésemos más leales. No alcanza con ser un «buen tipo» para influir positivamente en la sociedad y menos para obtener la Vida Eterna. Y esto no es broma.

I. Dios ha dejado al hombre *en manos de su propio albedrío*. Si tú quieres, guardarás los mandamientos, permanecer fiel es cosa tuya (Sir 15, 14-15).

Dios sigue siendo, para la mayoría de los cristianos una cierta seguridad, una fuente de gracias para ocasiones difíciles, un «distribuidor» de perdones para aplacar la conciencia intranquila. Pero, ¿es el Señor del universo? ¿Es mi Señor? ¿Se lo toma en serio? ¿Se le hace caso?

Hay una tarea grande que realizar, hay un Cielo que conquistar. Cielo que no tenemos asegurado. *Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando* (Jn 15,14). La gracia es de Él. Pero la decisión es nuestra: «Dios, que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti», decía San Agustín. Al joven rico el Señor le dice: *si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes...* (Mt 19,21). El mismo Señor que lo ha creado y que le ha dado la gracia para poder vivir los mandamientos desde niño¹, ahora se planta delante de él: *si quieres... Si quieres...*

II. El deber de producir, el deber de la creatividad

En la magnífica parábola de los talentos², el Señor nos señala nuestro deber. *Se trata de un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó*

¹ Cf. Mt 19,20.

² Cf. Mt 25, 14-30.

su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó (Mt 25, 14-15).

El p. Castellani resume el tema: «es un potentado /.../ que entrega capital a sus siervos para que lo beneficien; y retornando de una ausencia, premia desmesuradamente a los que han lucrado mucho o poco; y a los que no han acrecido aunque tampoco perdido el peculio, castiga también desmesuradamente»³. Nuestro Señor quiere mostrar que también Él va a volver, y va a reclamar lo que corresponde. Y ¿cuál será el criterio para el premio o el castigo? Según Castellani, será la fidelidad al mandato de la creatividad. Dios quiere que produzcamos, quiere que hagamos rendir los «talentos».

No se trata de especiales dotes que algunos pueden tener para el arte o para determinada actividad. Es algo más profundo y más grande. Por «talentos» se entiende todo lo que Dios nos dio: nuestra libertad, nuestros bienes. Todo nuestro mundo sobrenatural. Todas las gracias que hemos recibido. ¿O acaso no son algo «real»? Y ¿qué espera que hagamos con esos talentos? Que los hagamos crecer, trabajar, lo cual implica el compromiso de toda la vida, implica el emplearse a fondo. Dice Castellani: «Díganme si esto no significa ordenar Dios al hombre, como “servicio de Dios”, la creatividad, -o sea la actividad productiva de sus facultades- con el rigor más absoluto»⁴. La «creatividad» ha sido querida y mandada por Dios, como precepto capital del “siervo de Dios” e “hijo de Dios”»⁵.

III. ¡Cuidado con sentirse muy seguros!

Prestar atención a la falsa seguridad que puede tener el que piensa que está confirmado en gracia, simplemente porque frecuenta los sacramentos y porque es más o menos una buena persona. El Señor pedirá cuentas a cada uno de lo que ha producido y no tanto de lo que ha recibido y conservado.

Una de las anécdotas de san Francisco nos amonesta. El santo le pidió a su compañero, Fray León que le gritase muchas veces: «Francisco, indigna creatura, eres un gran pecador». Fray León obedecía y repetía: «-Francisco, eres un gran pecador». Iban camino a Asís, ya en el último año de la vida del santo. Y volvía a pedirle que le dijera que era un gran pecador. Fray

³ L. CASTELLANI, *Las parábolas de Cristo*, Ed. Itinerarium, Buenos Aires 1960, 295.

⁴ L. CASTELLANI, *Las parábolas...*

⁵ L. CASTELLANI, *Las parábolas...*, 294.

León no pudo más y, en medio del llanto, puesto de rodillas ante el santo, le dice: «-Padre mío /.../ ves como los buenos fieles te consideran santo; ves como Dios te ha colmado de Dones y itú me pides a mí que te conozco más que nadie que te diga que eres un pecador! -Justamente, hermanito León. Que si el más miserable de los asesinos hubiera recibido la mitad de las gracias que yo he recibido, sería mil veces mejor que yo»⁶.

Sabía que había recibido mucho y que *a quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá* (Lc 12,48). Y por tanto debía trabajar intensamente y no conformarse con lo que había recibido gratis.

IV. ¿Y el que no se preocupó en trabajar para el Señor?

Llegándose también el que había recibido un talento dijo: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo».

Triste trabajo el enterrar el talento por miedo, por pereza, por egoísmo, por no tomar en serio la Eternidad. En su respuesta hay fracaso, hay sombra, hay frustración. Es lo que pasa cuando el hombre «no vive una fidelidad activa en relación a Dios. Prevalece el miedo, la estima de sí, la afirmación del egoísmo que trata de justificar la propia conducta»⁷. Este es el que no hizo nada por hacer el bien a los demás, ni hizo nada por conquistar el Cielo.

Mas su señor le respondió: «Siervo malo y perezoso /.../ debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses». (Mt 25, 24-27).

Siervo malo y perezoso. La indignación es grande. Este servidor termina defenestrado, y con un mote que le durará siempre: *malo y perezoso...* ¿Dónde está su maldad? Nos contesta San Alberto Hurtado: «Está muy bien no hacer el mal. Pero está muy mal no hacer el bien». -Servidor perezoso... No hiciste el bien... ¡Ahí está tu maldad!

Y nosotros ¿Qué hemos hecho? Acaso gran parte de nuestras vidas y de nuestros desvelos ¿no se consumen más que en enterrar el talento para

⁶ De las Florecillas de S. Francisco.

⁷ Juan Pablo II, *Homilía* 18-XI-1984.

no perderlo y quedar tranquilos, sin tantos «excesos» de celo y exageraciones? ¡Que no nos llevemos una sorpresa!

Hoy nos planteamos, de frente a los dramas de nuestra patria, ¿qué hicimos? ¿Qué hacemos?

Hay que mirar a los santos y a los héroes para imitar la fidelidad al mandato de la creatividad. Más allá de los resultados. El General San Martín y los héroes auténticos, emplearon sus vidas, su patrimonio, su tiempo, al servicio de Dios y de la Patria. El p. Castañeda usó sus diarios y su agudeza para enfrentar, casi solo, al liberalismo. Ellos no siempre tuvieron frutos visibles. Pero no se les puede echar en cara falta de creatividad, ni declararlos «servidores malos y perezosos».

La Beata Laura Vicuña también fue muy creativa. Era una niña pobre. Y habiendo conocido en el catecismo la gravedad del estado moral de su mamá (que estaba viviendo en concubinato con un hombre y por lo cual no podía comulgar), empleó su talento: se ofreció como víctima por su madre. No disponía de los medios de comunicación, ni de partidos políticos para hacer una cruzada en contra de la corrupción, pero, el talento que tenía lo puso a trabajar en su entrega victimal. El Señor le tiene que haber dicho: *«en lo poco has sido fiel, ... entra en el gozo de tu señor»* (Mt 25,21). Y la niña, agonizando a los 12 años, tuvo también la dicha de ver a su mamá convertida y confesada.

Que consuelo para el buen cristiano saber que ha trabajado lo suyo. ¡Qué importa si era poco! ¡Qué importan los frutos visibles! Como con las monedas de la viuda, el Señor se alegra no por la cantidad, sino por la totalidad. Era todo lo que tenía para vivir⁸. *«¡Bien, siervo bueno y fiel!, ... entra en el gozo de tu señor»*.

San Rafael, 15 de septiembre de 2010
P. Lic. Gabriel Zapata I.V.E.

⁸ Cf. Mc 12,44.